

EL ARTE FEMINISTA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

1990

En mi artículo anterior del 5 de marzo titulado “La extraña relación entre el arte feminista y el feminismo”, me referí a los eventos artístico/políticos que las artistas feministas hemos desarrollado dentro de nuestra doble función como militantes y como artistas y a los problemas que hemos enfrentado para que la obra sea aceptada. Después de un rato de azote, recordé la espléndida relación que hemos entablado con las feministas en los medios de comunicación y cuyo apoyo ha sido fundamental en el desarrollo de nuestra propuesta artística.

El “boom” de los grupos de arte feminista en México durante 1983-1984, cuando llegamos a ser tres en total (Tlacuilas y Retrateras, Bio-arte y Polvo de Gallina Negra) coincidió con el momento en el que se abrieron espacios, tanto en radio como en televisión, para programas de mujeres con una perspectiva feminista alternativa. Nos acercamos a ellos con la libertad que nos daba nuestra alianza política ya que no son espacios a los que los artistas recurramos habitualmente y tuvimos la fortuna de ser acogidas por mujeres inteligentes y solidarias. Su apoyo nos permitió utilizar los medios de comunicación como soporte para nuestro trabajo artístico.

Primeramente, hay que mencionar “A brazo partido”, el programa de televisión conducido por Marta de la Lama, en el que no solamente se nos entrevistó sobre diversas exposiciones, sino que incluso se nos invitó para realizar performances. Recuerdo particularmente una acción plástica llamada *iMADRES!* en la que Polvo de Gallina Negra (Maris Bustamante y yo) realizamos una entrevista performance con nuestras hijas Yuruen y Andrea (ambas de 2 años). Nuestro objetivo de mostrar las acrobacias a las que las madres necesariamente estamos acostumbradas al tratar de combinar familia y trabajo se demostró ampliamente, ante el azoro del *staff* del Canal 13. Marta, como conductora, merece una medalla al valor.

En la misma barra femenina de lmevisión, en el programa “De tres en tres” de Patricia Berumen, también tuvimos la oportunidad de hablar, entre otros, del proyecto de *La fiesta de XV años* organizado por Tlacuilas y Retrateras. Estas intervenciones siempre nos permitieron una comunicación polémica y sabrosa con el público que difícilmente se logra en los museos.

Otro espacio que siempre estuvo abierto para las artistas feministas, no solamente para entrevistas, sino para la elaboración de programas muy completos fue “La causa de las mujeres” en Radio Educación. Sus preguntas y comentarios inteligentes, politizados y bien informados siempre lograron que el diálogo entre las artistas y las comunicadoras se transmitiera de manera clara y amena al público radioescucha.

Desafortunadamente, hoy ya no existen estos tres programas. La falta de apoyo económico hizo o que perdieran público o que las realizadoras tuvieran que buscar mejores oportunidades. La consecuencia es que con la reestructuración de Imedios y Radio Educación, los eliminaron sin comprender su importancia. Sin embargo, no todo es tristeza puesto que tanto Marta de la Lama y Patricia Berumen como las integrantes del equipo de “La causa de las mujeres” (Sonia Riquer, Bertha Hiriart *et. al.*) son profesionales que, sin perder sus ideales, seguirán su labor en otros canales y a distintas horas.

Artículo
9 de mayo de 1990
El Universal

p.63 << *Feminismo y arte feminista* >> p.85
p.65 << *Performance - arte acción* >> p.96

EL ARTE COMO UN MARIDO ABURRIDO E INFIEL

1990

No sé cómo vivirán los demás artistas la relación que tienen con el arte, difícilmente se habla de eso. Cuando mucho he oído a alguna pintora mayor hablando de las dificultades que han enfrentado al sentirse desplazadas por las nuevas generaciones con sus propuestas novedosas tan apreciadas por un mercado siempre ávido de nuevos mitos. Lo que es para mí cada día más evidente es que, después de casi 20 años de relación con el arte, tanto sus necesidades como las mías han cambiado.

Yo me enamoré perdidamente del arte aproximadamente a los 16 años. Jamás dudé que a eso me quería dedicar. La ciencia, la administración o el ser ama de casa, nunca fueron siquiera opciones: me parecían campos absurdamente extraños o me sentía totalmente inepta para ellos. El arte fue un amor a primera vista que se tornó en pasión desenfrenada. Empecé a estudiar arte, a ver con ojos de artista, a clasificar a los humanos entre artistas y otros, y, naturalmente, a vestirme como artista.

Como es clásico en las primeras etapas de la pasión, no me importaba dónde, bajo qué circunstancias y ni siquiera reparaba en mi satisfacción personal. Expuse en todos lados y con todo mundo. Confieso que he sido fácil. Cualquier invitación a exponer inflaba mi ego. El simple hecho de confirmar que yo era artista me impulsaba a enviar obra a cualquier convocatoria, aunque mi recato jamás me permitió reclamar el no haber sido invitada a una colectiva.

Durante todos estos años, jamás me quejé cuando la obra llegó maltrecha de algún viaje, ni consideré grosero el trato tan generalizado que tienen los funcionarios y galeros para con los artistas, ni siquiera se me ocurrió que era un absurdo tener que dedicarme a otras chambas para poder seguir pagando los materiales. Estaba yo tan enamorada que consideraba un privilegio hacer lo que realmente me gustaba y ansiaba compartir mi dicha y mis descubrimientos con la humanidad.

Pero a últimas fechas no sé qué me pasa. En lugar de la apasionada amante del arte, siempre sonriente y lista, me siento como la esposa decepcionada y regañona. Cada vez que me invitan a exponer, me molesta sobremanera que no pasen a recoger la obra, me irrita que cobren las invitaciones y me niego a participar si sé que habrá selección. Mis nervios están tan exaltados que me deprime si el local de la exposición está descuidado y difícilmente controlo mi impaciencia ante las museografías chafas.

Por otro lado, el trabajo es cada vez más demandante. Paso meses trabajando una serie de obras, esforzándome en mejorar técnicamente y teóricamente, en proyectar conceptos profundos e intento lograr una presentación cada vez más profesional. El placer que aún siento al hacer la obra, al convertirse en una obligación seria, se pierde entre la producción y la distribución y ya para cuando llegamos al consumo, el camino ha sido tan caro y cansado que preferiría no haber empezado. La sola idea de una exposición individual me produce una flojera tal que casi preferiría aceptar chamba de cajera en un supermercado.

Lo que quisiera saber, y esto es una pregunta directa a Ud., estimado/a lector/a, es si realmente estaré perdiendo la pasión y debo divorciarme o si simplemente son etapas escabrosas por las que una pasa en cualquier relación de esta índole. ¿Habrá alguien que me pueda recomendar algún buen *best-seller* sobre cómo reconquistar la vocación perdida o algún nuevo tipo de terapia profesional? ¿Será posible que en algún lugar se reúna un grupo de artistas decepcionados anónimos que compartan sus experiencias? ¿Alguien comprende de lo que estoy hablando?